

El letargo. Una representación de lo latente su relación con la represión

Fidias R. Cesio
(Buenos Aires)

Hace a más de diez años que comencé mis estudios sobre el letargo (1). En un comienzo lo encontré en casos de Reacción Terapéutica Negativa, en los que aparecía como un componente fundamental, representando aspectos del Yo disociados y reprimidos, “perdidos”, constituyendo así un objeto, el objeto aletargado (3, 4). Clínicamente diferencié un cuadro caracterizado por estos elementos que separé del de la melancolía (6, 7).

Con los años el concepto letargo creció. El mismo fenómeno que encontré en los casos extremos de R. T. N., aparecía en otros no tan graves. En este sentido, las contribuciones de Chiozza (10) resultaron significativas para la extensión de este concepto más allá de sus primeros límites. A medida que se enriquecía el concepto de letargo y se hacía más y más consciente en mí la constancia de su presentación en los tratamientos psicoanalíticos y las diversas maneras de manifestarse, mi conocimiento del contenido semántico de la palabra letargo, por medio del estudio de su etimología, ‘también se enriquecía. Esto me demostró lo acertado de la elección del término para representar los fenómenos que denominé con esta palabra, pues los significados de la palabra y del concepto psicoanalítico son los mismos. Tan es así que el medio mejor que encontré para encerrar en estas pocas líneas lo que quiero expresar, queda centrado en un estudio sobre la palabra letargo. Cuando adopté este término, lo hice pensando sobre todo en su significado de muerte aparente, con el que se lo utilizó en la clínica y que era el elemento más destacado en los graves casos de R. T. N. que estudié. Mas, en la medida que fui descubriendo en otras manifestaciones clínicas los mismos elementos, otros significados de la palabra letargo cobraron un valor insospechado.

La palabra **letargo** deriva de raíces griegas (9, 11). En sus antecedentes encontramos las palabras griegas Lathros (escondido), Lethe (olvido) y Lanthaneios (pasar desapercibido). Es así que, ateniéndonos al significado de

la palabra letargo, podemos decir que **lo aletargado es lo que está escondido u olvidado, o bien que pasa desapercibido**. El campo que entonces comprende lo aletargado, es extraordinariamente amplio. Mas, si proseguimos con esta investigación semántica, encontramos que la palabra letargo está íntimamente emparentada a la palabra latente, al punto que derivan de la misma raíz indoeuropea. El antecedente inmediato de latente- es la palabra latina Latere, que significa yacer escondido. Concluimos así que **letargo y latente**, tienen un significado muy semejante, pero, al estudiar ambas palabras comparativamente-, advertimos que tienen importantes diferencias semánticas. Veámoslas. Latente no tiene representación aparente ni manifestaciones; es por eso que es una palabra adecuada para designar a los contenidos menos conscientes. En cambio, letargo tiene una definida tendencia a la representa-clon. Conocemos su significado de muerte aparente en la clínica: los antecedentes griegos aparecen bajo diversas representaciones: **Lethe**, se denomina en la mitología a un río del infierno; quien bebe -de sus aguas **olvida** el pasado; se lo representa como un viejo que tiene en una mano una urna, en la otra la copa del olvido y en la cabeza una corona de dormidera (de donde se extrae el opio). Encontramos entonces que las diferencias semánticas entre letargo y latente consisten sobre todo en que mientras latente tiene un contenido abstracto, letargo, aunque con la misma significación básica, tiene, en cambio, un contenido rico en representaciones. **Podemos decir que si a lo latente le damos una representación, tenemos entonces el letargo. En otras palabras, lo latente, cuando se asoma a lo consciente o, lo que es lo mismo, cuando pasa a adquirir representaciones en lo preconscious, aparece como letargo**. Como vemos, lo aletargado conserva un íntimo parentesco con lo latente y podemos decir que bajo estas representaciones encontramos la barrera de la censura donde se encuentran lo latente y la represión. El letargo, siempre de acuerdo con lo que venimos desarrollando, constituye un estado intermedio entre lo inconsciente y lo preconscious. De ahí la importancia de interpretar el letargo y sus contenidos, pues es el medio de llevar a lo consciente los contenidos reprimidos, inconscientes. Es decir, desde lo inconsciente-latente el contenido reprimido pasa la censura adquiriendo representaciones letárgicas.

Si lo aletargado es lo latente más una representación, entonces todo lo que ha estado latente en el momento de transición hacia una concienciación, pasa por un momento de letargo. De ahí la constancia de la presentación del letargo. Podemos decir que lo reprimido se nos aparece bajo la representación de letargo, ya que sólo podemos “ver” lo reprimido cuando alcanza algún asomo de representación. Siguiendo con esta idea, podemos también decir que el estudio del letargo comprende el estudio del proceso de la represión.

Lo precedente nos lleva a otras consideraciones. Lo latente, que logra una representación por lo aletargado, revela así que en la constitución de la represión participan elementos de muerte muy notables. El letargo, que representa la intimidad última alcanzable del proceso de represión, nos revela la importancia que en el mismo desempeña el instinto de muerte al servicio del Yo.

Las representaciones de muerte en el letargo son múltiples. Bástenos mencionar que la representación más típica de lo aletargado es el cadáver. La misma palabra letargo contiene esta representación. Letargo proviene de Lethe (asociada a la palabra letal) que, como dijimos antes, es la denominación, en la mitología, de un río del infierno (donde están las almas de los muertos) y que la representación del mismo contiene la vejez, el olvido, la urna y la adormidera (opio). La muerte representa así el destino de los instintos sometidos a la represión, así como a las fuerzas que realizan esta represión.

La emergencia del material latente implica letargo y es por esto que en la transferencia siempre lo encontramos. Podemos diferenciar así en la transferencia, diversos grados de letargo; desde la manifestación más intensa, cuando el analista, el paciente o ambos, experimentan en la sesión “un sueño invencible, natural o anestésico, comparable a la muerte aparente”, hasta las manifestaciones más leves, inapreciables, excepto que alguna circunstancia nos las haga evidentes y que podemos caracterizar por su connotación oniroide. Cuando alcanza cierta intensidad lo advertimos si por alguna razón interrumpimos una sesión por un breve lapso; entonces nos damos cuenta que existe una diferencia entre el “clima” de adentro de la sesión y el “clima” de afuera del consultorio. Pero lo más frecuente es que el letargo se haga consciente a través de las manifestaciones más conocidas, como son: malestar, distracción, olvido, silencio, bloqueo, sopor, pesadez, modorra, etc.

Algunas de las manifestaciones de letargo han sido el objeto de estudio. Una es el letargo que encontramos en la reacción terapéutica negativa (1, 2, 3); en estos casos el letargo se manifiesta como modorra o “muerte aparente”, y lo aletargado, que comprende partes fundamentales del Yo, aparece bajo representaciones directas de muerte (cadáveres). También han sido objeto de estudios el “silencio” (2), la “distracción” y el “olvido” (5), el asco, el hastío, el fastidio y el aburrimiento (9), etc.

Nuestras observaciones nos mostraron que, en líneas generales, el letargo está representado en un nivel anal, donde- lo aletargado aparece como las heces y lo aletargante como los gases intestinales. Esta representación es la elaboración que experimenta otra más resistida, donde lo que aparece como heces corresponde a lo prenatal abortado (8). El carácter “tóxico” que contiene el letargo es muy notable. Ya comentamos que Lethe aparece representado por un viejo con adormidera en la cabeza y que de la adormidera se extrae el opio. El opio aparece así asociado al letargo. En alguna otra oportunidad nos extenderemos sobre esta interesante relación entre el opio y el letargo. La transferencia del letargo nos revela también la representación tóxica que posee. La constancia de la presentación del letargo significa también una constancia en las manifestaciones tóxicas en la transferencia, las que adquieren la jerarquía de una “enfermedad profesional” del psicoanalista. Es común el comentario acerca de las especiales características del “cansancio” que provoca el ejercicio del psicoanálisis, el que muchas veces es descrito directamente en términos de un estado de intoxicación. También muchas veces se insiste- en la necesidad de una higiene adecuada. La explicación, que encuentro para esta específica “enfermedad profesional”, es que, al incursionar en lo latente, aparece el letargo en la transferencia de manera inevitable. Es un estado intermedio en el que las fuerzas de la represión son todavía muy intensas y el analista pasa a “vivir” en el campo de batalla donde luchan con las fuerzas represoras los instintos que pujan por emerger. Establecer la existencia de una “enfermedad profesional” del psicoanalista, excita una inquietud: cómo atenuar sus efectos. Surgen dos ideas. La primera es la mejor conocida; la interpretación completa de los contenidos latentes, al hacer bien conscientes estos contenidos los liberan de ese estado intermedio, letárgico y el analista puede entonces que- dar poco afectado por nuestra “enfermedad profesional”. La segunda idea deriva de la observación clínica que nos revela que no es

posible hacer siempre interpretaciones tan completas y de la experiencia de que, aun con las interpretaciones más completas, queda un remanente letárgico; entonces el procedimiento es hacer objeto de nuestra interpretación al letargo; de esta manera, además de liberarnos hasta donde es posible de sus efectos tóxicos, hacemos conscientes los contenidos que de otra manera vuelven a quedar sometidos a la represión. Estos comentarios me recuerdan la cita de Freud, cuando dice que no podemos llamar a los espíritus del averno para luego mandarlos de vuelta sin haberlos consultado. Si entramos al infierno y extraemos del río del olvido (Lethe) a los espíritus, no podemos dejarlos ir sin haberlos, antes, interrogado.

BIBLIOGRAFIA

1. CESIO, F.— Un caso de Reacción Terapéutica Negativa. “Rev. de Psicoanálisis”, 13: 522-326; 1956.
2. --- — El lenguaje no-verbal. - Su interpretación. “Rev. de Psicoaná1isis’, 14: 110-120; 1956.
- 3.-----.— El letargo. Una contribución al estudio de la reacción terapéutica negativa. “Rev. de Psicoanálisis”, 17: 10-26; 1960
4. .— IIª- Contribución al estudio de 1a reacción terapéutica negativa.”Rev. de Psicoanálisis”, 17:289,298; 1960.
- 5.-----.— La disociación y el letargo en la reacción terapéutica negativa “Rev, de Psicoanálisis”, 19: 20-25; 1962.
- 6.-----.— El letargo, la melancolía y el duelo en la reacción terapéutica negativa. “Rev. de Psicoanálisis’, 19: 317-322; 1962.
- 7-----.— El letargo. Una reacción a la pérdida de objeto. “Rev. de Psicoanálisis”, 21: 19-27; 1964.
- 8.-----. — Procreación y letargo. “Rev. de Psicoanálisis” 22: 279-283; 1965.

9. COROMINAS, J.—"Breve Diccionario Etimológico de la Lengua castellana

Ed. Gredos, Madrid, 1961.

10. CHIOZZA, L.— "Psicoanálisis de los trastornos hepáticos". Ed. Luro. Buenos Aires, 1963.

11-. PARTRIDGE, E.— "Origins". Ed. Routledge & Kegan Paul, London, 1961.